

LLAMADOS A ACTUAR

5 DISCIPLINAS
ESENCIALES PARA
HOMBRES

VINCE MILLER



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Called to Act: 5 Uncomplicated Disciplines for Men*, copyright © 2020 por Vince Miller, y publicado originalmente en inglés en Estados Unidos por Equip Press, Colorado Springs, CO. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *Llamados a actuar* © 2021 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Traducción: Ricardo Acosta

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con «RVC» ha sido tomado de la Reina Valera Contemporánea® © Sociedades Bíblicas Unidas, 2009, 2011. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con «NBLA» ha sido tomado de la Nueva Biblia de las Américas, © 2005 por The Lockman Foundation. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con «NVI» ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con «NTV» ha sido tomado de la *Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente*, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con «NBV» ha sido tomado de la Nueva Biblia Viva, © 2006, 2008 por Biblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

El texto bíblico indicado con «TLA» ha sido tomado de la Traducción en Lenguaje Actual © 2000 por Sociedades Bíblicas Unidas. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con «PDT» ha sido tomado de la versión Palabra de Dios para Todos © 2005, 2008, 2012, Centro Mundial de Traducción de La Biblia © 2005, 2008, 2012, World Bible Translation Center.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, MI 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5977-1 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6930-5 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7777-5 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 30 29 28 27 26 25 24 23 22 21

*Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America*

CONTENIDO

<i>Introducción</i>	9
Primera parte: La búsqueda de un hombre que actúa	15
1. La búsqueda de un hombre	17
2. El hombre está llamado a escuchar	35
3. La incertidumbre de los hombres	51
4. La importancia de saber escuchar	67
5. Cinco voces que todos los hombres escuchan	79
6. Un hombre que actúa lucha contra la apatía	87
Segunda parte: Actividades de un hombre que actúa	109
7. Cinco fundamentos	111
8. Oración	119
9. Lectura bíblica	135
10. Hermandad	151
11. Rendición de cuentas	167
12. Ministerio	179
Conclusión: Cómo crear un movimiento	201

1

La búsqueda de un hombre

La historia para hombres y acerca de los hombres

Desde el principio de los tiempos, Dios ha estado buscando a hombres que lideren. Es más, tú eres ese hombre. Dios te ha proporcionado tremendos recursos: poder, dominio, autoridad, voz, e incluso un código moral para liderar en fe.

La búsqueda divina de un hombre capaz de liderar se remonta a los albores del tiempo. Dios nos creó a su imagen y semejanza. Con sus propias manos formó al hombre, el género masculino, y nos diseñó manualmente con su propia imagen en mente para nosotros; ¡qué honor! Debía haber una razón para que nos creara tan concienzudamente; debió habernos creado con intención. Desde la creación de Adán, Dios estaba buscando un hombre que lo representara, que viviera conforme a los valores divinos, que se mantuviera firme en la fe, que lo amara por completo y que administrara todo lo que había creado.

Sin embargo, la historia del hombre da un giro brusco. Todo se vino abajo cuando el hombre y la mujer comieron del fruto del árbol que Dios había prohibido. En un instante, un mundo perfecto fue manchado por el pecado. Y, cuando Dios le preguntó al hombre qué había ocurrido, este culpó a la mujer que «Dios le dio», y a su vez hizo lo impensable: culpó a Dios. Y la historia del pecado y la culpa resuena a lo largo del tiempo.

Hoy día, los hombres seguimos siendo irresponsables para actuar, igual que Adán. Nada ha cambiado. La mayoría de las veces somos tan pasivos frente a la tentación actual como lo fuimos en el huerto. Hacemos caso omiso a los mandamientos importantes y vitales de Dios. Culpamos a las circunstancias o a los demás por nuestros fracasos. No hacemos nuestra parte, no nos levantamos ni defendemos lo que es correcto. Y, en consecuencia, sufrimos la enfermedad de la apatía. Pero existe una solución. Hay esperanza.

El problema más grande que el pecado

El pecado es definitivamente un inconveniente para los hombres. Se trata de un gran problema: uno que tratamos de solucionar, pero pronto descubrimos que no podemos. Y Cristo es el único que tiene una solución para el pecado, por lo que ha decidido convertirlo en su problema a fin de resolverlo a favor nuestro. Sin embargo, podemos sentirnos tentados a utilizar nuestra libertad de la maldición del pecado como licencia para ser apáticos hacia el pecado. Pero aún tenemos una batalla que pelear. Necesitamos poder, y nuestro Dios, el de las segundas oportunidades, lo sabe. Él nos ofrece no solamente la salvación que necesitamos, sino también el poder subsiguiente para luchar nuestra guerra contra la apatía que continúa el ciclo de pecado.

Estar libres de pecado no es licencia para ser apático.

Dios nunca quiso ni diseñó que el hombre fuera apático, sino más bien que actuara. En el huerto, incluso antes de la corrupción del pecado, le concedió al hombre poder, dominio y potestad en la creación. Le otorgó autoridad y trabajo significativos. Incluso le dio la oportunidad de poner nombres y definir a todas las criaturas. Y Dios pasó tiempo con él en las tardes, caminando y hablando acerca de la creación y la vida. Me pregunto cómo debió haber sido esto. ¿Te imaginas la libertad, el poder, la autoridad, el trabajo y la relación sin obstáculos con el Dios vivo?

Y, con todo esto, el hombre solo tuvo la carga de un límite: una sola regla.

Puedes comer de todos los árboles del jardín, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no deberás comer. El día que de él comas, ciertamente morirás (Génesis 2:16-17, NVI).

No se le entregó un libro de reglas, ni siquiera diez mandamientos. En lugar de eso se le dio solo un límite moral: un claro mandato de no comer de un árbol determinado. Dios puso poderes sobrenaturales dentro de este fruto específico de aspecto delicioso. ¿No es interesante que Dios eligiera la actividad de comer, algo que hacemos con regularidad, como el primer límite moral y también como el medio de un poder sobrenatural?

Poco después de otorgar toda esta responsabilidad, Dios permitió que se gestara algo dentro del hombre: deseo. Durante un largo período permitió que Adán viviera solo. Pues bien, aunque Dios estaba presente, dentro del hombre surgió un deseo por algo natural y humano. Sintió el deseo de compañía y relación de una naturaleza humana. Y de una manera correctamente ordenada, Dios cumplió este deseo proporcionándole mujer. La historia de la humanidad tiene un gran comienzo, pero en el siguiente capítulo de la vida se presentó un dilema.

En Génesis 3, todo se echa a perder. La mujer está en el huerto, hablándole a una serpiente. (Si esta escena es difícil de imaginar, piensa en las lagartijas parlantes que hemos visto en los anuncios publicitarios). De modo que la mujer está conversando con esta serpiente, lo cual a ella le parece un hecho natural y no amenazador; probablemente es una conversación que habían tenido muchas veces antes. La mujer, persuadida por la serpiente, toma el fruto, se lo entrega al hombre y ambos comen. La barrera se cae y el pecado entra al mundo. Ellos hacen lo único que se les ordenó que no hicieran: comer del árbol prohibido.

Y, aunque el hombre puede levantar el dedo y culpar a la mujer por todo lo que ella hizo mal, nota el papel que él tuvo en este incidente: inacción. Recuerda, el hombre recibió poder, dominio, autoridad, capacidad de supervisión, trabajo significativo, voz y una regla moral antes que la mujer fuera creada. Dados todos estos recursos esperaríamos ver y escuchar algo de parte del hombre mientras opera dentro de este estado de gran poder y autoridad. Pero la apatía es insidiosa, engañosa y astuta. Este es el gran problema del hombre. Adán no hace nada ni dice nada frente a la injusticia y el pecado, a pesar de que se le había proporcionado todo lo necesario para hablar y mantenerse firme.

*Adán no hace nada ni dice nada frente a la injusticia
y el pecado, a pesar de que se le había proporcionado
todo lo necesario para hablar y mantenerse firme.*

Eso sí, esto no fue culpa de la serpiente, ni de la esposa del hombre, y definitivamente no fue culpa de Dios, aunque el hombre intentó culparlos a todos ellos. Fue culpa del hombre: mi culpa y tu culpa. El hombre, el género masculino (es decir, tú y yo) ha permitido que la indiferencia le nuble el pensamiento; nuestra inacción ha lanzado un mundo que fue perfecto a un lugar de sufrimiento perpetuo.

He aquí la lección aprendida: el lugar estratégico para empezar nuestro viaje como hombres de Dios es tratar con el defecto de todo individuo: nuestra falta de interés. Esa apatía condujo al primer pecado y al posterior, pero podemos pelear contra esto en asociación con un Dios que derrotó al pecado por nosotros, y con el Espíritu Santo que nos da poder para la batalla continua.

La búsqueda de un hombre por parte de Dios

Toda la Biblia es una historia sobre la esperanzada búsqueda que Dios hace de tal hombre, uno que entre en el conflicto contra la apatía. Un hombre que hablará, se pondrá firme y actuará. Uno que resistirá el impulso de la apatía que hay en el corazón de cada individuo.

A lo largo de la Biblia descubrimos a muchos hombres esperanzados que pelearon valientemente contra la apatía. A menudo contamos sus historias, pero no nos damos cuenta de qué es lo que nos inspira acerca de ellos: estuvieron dispuestos a hacer lo que con frecuencia no hacemos. Sus palabras y acciones cuentan una historia sobre la derrota de la apatía del patrón masculino. Ellos nos dan una idea de cómo es el hombre de Dios: un hombre de acción. Ninguno de estos personajes fue perfecto. Todavía eran hombres caídos con sus propios momentos apáticos, pero cada uno de ellos nos da esperanza: esperanza en quiénes podemos ser cuando actuamos como hombres de Dios.

Abraham

Abraham fue uno de estos personajes. Se le conoce como «padre de la fe» y «padre de naciones». Esta identidad permanece con Abraham a lo largo de la Biblia. Incluso hoy día se le identifica a menudo como un ejemplo de lo que significa vivir fielmente como hombre, esposo, padre y líder. Él fue un hombre que lo abandonó todo, dejando su tierra natal y todas sus comodidades para seguir a Dios a una tierra que no había visto

y de la que no sabía nada. Dios le dio un solo mandato y, con fe, desmontó su tienda, se volvió hacia su esposa y declaró: «Nos vamos». Dios llamó, y Abraham respondió: «¡Me apunto!», aunque no tenía ni idea de adónde iba. Abraham no tenía instrucciones, mapa detallado ni GPS., y ninguna idea de los retos que enfrentaría a lo largo del camino. A menudo, el impulso de la apatía convence a un hombre de que confíe en la rutina y se aferre a las comodidades que disfruta. No ocurrió con Abraham, quien vio mucho más allá de la apatía del momento, hacia la visión del futuro que Dios le tenía.

El libro de Hebreos declara lo siguiente acerca de Abraham:

Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba. Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios (Hebreos 11:8-10).

Aprendemos mucho sobre Abraham de este corto relato de su vida. Él hizo lo que algunos hombres nunca harían. Lo llevó a cabo porque sabía que la visión de Dios para su futuro era mayor, más grandiosa y mejor que su pequeña, limitada y miope visión del momento. Abraham ofrece a todos los hombres una idea del individuo que queremos ser; del hombre que Dios desea que seamos: alguien cuya visión sea la visión de Dios, que no se ve comprometido por la realidad y la imposibilidad humanas; un hombre que responde a su llamado y actúa en fe, y que no lo paraliza el temor; un hombre que tiene una visión de largo plazo y que no se deja persuadir por aspectos de corto plazo; un hombre que se enfoca en identificar y dar el siguiente paso, en lugar de preocuparse por la brecha en la distancia entre el presente y el futuro; un hombre que se mantendrá comprometido con una realidad de la envergadura de Dios, sin importar cuán alejada esté de su vista.

¿Quién no desea ser más como Abraham? Y él es solo uno de muchos hombres íntegros. Existen más.

Moisés

Y nunca más se levantó profeta en Israel como Moisés, a quien haya conocido Jehová cara a cara (Deuteronomio 34:10).

Moisés es uno de los más grandes líderes de todos los tiempos. Se le ha conocido como «maestro de Israel», un hombre que vio a Dios cara a cara. Su capacidad de liderazgo le dio repercusión entre los grandes hombres que lucharon contra la apatía. Condujo la mayor migración de seres humanos en el registro bíblico. Los sacó de cuatrocientos años de esclavitud hacia la libertad mientras los preparaba para una nueva vida en la tierra que Dios prometió, donde se convertirían en la nación de Israel. Pero la tarea no fue fácil. En varias ocasiones Moisés se enfrentó a Faraón y sus fuerzas militares egipcias; además debió persuadir mutuamente entre uno y tres millones de israelitas sin líder, con quienes no tuvo relación alguna antes, a que lo siguieran a través de un mar y dentro de un desierto. ¡Cómico! ¿Qué tal ese reto de liderazgo? ¡Me apunto! (En realidad no me apunto. ¡Cuando llevo de vacaciones a mi familia de cinco miembros quedo agotado!).

Aprendemos mucho de Moisés acerca de lo que significa ser hombre: cómo enfrentar los demonios de nuestro pasado, cómo tratar con los conflictos, cómo confiar en Dios cuando nuestra vida está en juego, y cómo actuar fielmente, aunque no conozcamos el resultado. Por medio de Moisés aprendemos a enseñar cuando sentimos que nos falta la voz. Es por Moisés y su liderazgo y enseñanzas que tenemos los cinco primeros libros de la Biblia. Sin embargo, antes que pudiera convertirse en un hombre tan esperanzador debió ganar su propia batalla contra la apatía. En el texto siguiente, incluso mientras Moisés habla con Dios, sentimos en su voz un poco de incertidumbre. Oímos a un individuo que quiere vacilar y ceder ante la indiferencia; pero sabemos que no lo hará. En cambio, se convertirá en un varón lleno de esperanza, uno que se destaca en la narración de las Escrituras como hombre de Dios.

Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel. Entonces Moisés respondió a Dios: ¿Quién soy yo para que vaya a Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel? Y él respondió: Ve, porque yo estaré contigo; y esto te será por señal de que yo te he enviado: cuando hayas sacado de Egipto al pueblo, serviréis a Dios sobre este monte. Dijo Moisés a Dios: He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé? Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros (Éxodo 3:10-14).

David

Finalmente, David, entre los hombres, fue único. Dos veces en la Biblia se le etiqueta como «varón conforme al corazón de Dios».

Quitado este [Saúl], les levantó por rey a David, de quien dio también testimonio diciendo: He hallado a David hijo de Isaí, varón conforme a mi corazón, quien hará todo lo que yo quiero (Hechos 13:22).

David es el hombre por excelencia. Fue todo lo que un hombre anhelaría ser. Siendo menospreciado desde el principio y el menor de ocho hermanos, Dios lo escogió, lo ungió y lo nombró líder de la nación de Israel. Se hizo conocer como guerrero, poeta, músico, amante, amigo, rey y líder de los cuarenta guerreros más poderosos que han pisado el planeta Tierra. David fue a guerrear sin compañía contra un gigante, inspiró a una nación y escribió majestuosos salmos que hacen llorar a los hombres. Hoy día sigue dándonos no solo esperanza para una nueva vida de valor y fe, sino para una relación vibrante con Dios. Al igual que David, nosotros también podemos luchar valientemente contra nuestra apatía.

Todo hombre falla

Cada uno de estos hombres falló. Cada uno tuvo un fracaso épico que se convirtió en parte de su historia y además en una mancha permanente en su historial. Al igual que tú y yo, ellos echaron a perder las cosas... y a lo grande.

Abraham falló cuando le dijo al rey Abimelec que Sara (la esposa de Abraham) era realmente su hermana, pues temía que los lugareños se enamorarán de tal modo de la belleza de Sara que lo asesinarán a él para convertirla en una soltera elegible (Génesis 20:1-3). Moisés pecó al tratar de proveer agua para los israelitas golpeando una roca dos veces en forma iracunda en lugar de hablarle, según Dios le había ordenado (Números 20:9-12). Y David erró al quedarse en casa cuando debió haber ido a la guerra. En lugar de dirigir a sus soldados se puso a espiar desde la terraza de su palacio a la esposa de uno de sus cuarenta hombres poderosos y decidió acostarse con ella. Peor aún, David ordenó entonces el asesinato de su leal guerrero con el fin de cubrir su pecado y hacer que la mujer estuviera de manera permanente a su disposición (2 Samuel 11:1-5).

Sin embargo, no debemos sorprendernos por los traspiés de estos grandes hombres, ya que todos fallamos. Ningún hombre es inmune al error. No podemos escapar al fracaso. El error es nuestro más grande maestro. Incluso ahora mismo podrías estar reflexionando en algunos de tus errores que solo tú conoces. Los deslices pesan en la conciencia de todos los hombres, ¡pero tú estás en buena compañía! Te encuentras en la compañía de grandes hombres que también tuvieron grandes momentos de fracaso. Sin embargo, Dios nos enseña la lección más importante: una vida de autosuficiencia y justicia propia pone al descubierto nuestra mayor apatía: no confiar en el poder del Dios vivo. Cada falta trae consigo otra oportunidad de escuchar y actuar de manera diferente que antes. Cada error es otro momento para la confesión, el arrepentimiento, el perdón, la restauración y la acción contra la apatía anterior. La lección no es que los hombres (es decir, tú) son un fracaso. Podrías sentirte así, y comentarios de otras personas a tu alrededor tal vez refuercen esto, pero no eres un fracaso. Simplemente eres un hombre creado a la imagen de Dios que ha tenido un momento de fracaso. Es por medio de nuestras faltas que Dios quiere que los hombres dependamos más de Él, para que la próxima vez, en ese momento de pasividad, recurramos a Él en busca de la fortaleza necesaria.

¿Cómo debemos resistir entonces nuestra apatía? He aquí algunos aspectos comunes en que los hombres tienden hacia la apatía, con resultados previsibles.

El error de la ira

Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse; porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios (Santiago 1:19-20).

Creo que la mayoría de los hombres luchamos con alguna forma de ira. La ira, cuando se entiende mal y no se controla, lleva a cometer faltas. La ira es destructiva en las relaciones en casa, el trabajo, el estudio y el campo de juego. Esto es cierto tanto si la ira se expresa o se reprime. Nuestra ira nos lleva a algunos a gritar, vociferar y jurar al tratar de conseguir justicia a la fuerza por una mala acción o para recuperar lo que percibimos como control sobre la situación. A otros los lleva a pensamientos y sentimientos enterrados que se desarrollan en amargura relacional que puede afectar silenciosamente a los hombres durante años.

Sin tener en cuenta la manera en que expresan o reprimen la ira, muchos hombres creen erróneamente que esta es la única emoción masculina socialmente aceptable. Las películas presentan a la ira, la venganza y la retribución masculinas en términos sensacionalistas y exagerados, lo cual nos lleva a sentir una extraña forma de alivio personal de corta duración. Pero en el fondo todos experimentaremos otras emociones. Simplemente, no creemos que la sociedad las encuentre aceptables. Y, aunque la Biblia dice claramente que es aceptable enojarse, las respuestas no moderadas al enojo llevan a resultados improductivos. Cuando la ira estimula en nosotros el impulso de actuar, es buena y saludable; simplemente debemos seleccionar respuestas productivas dignas de nuestro llamado.

Un hombre necesita prestar mucha atención para luchar contra la apatía. Debe comprender que su ira es única. Puede ser difícil de manejar. A pesar de que no debemos sucumbir a la apatía, no toda circunstancia requiere la misma respuesta. Hay ocasiones en que experimentamos una injusticia personal que requerirá paciente moderación. Jesús llamó a esto presentar la otra mejilla (Mateo 5:39). Recuerda, esto no es apatía, sino una acción correcta bien situada. Por otra parte, habrá ocasiones en que será correcto responder ante injusticias contra Dios o contra otras personas; en este caso estamos llamados a hablar y actuar en forma apropiada a favor de la justicia. Jesús demostró esto cuando entró a los atrios del templo y declaró: «Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado» (Juan 2:16). Discernir es la clave. Debemos identificar correctamente tanto la injusticia en juego como la respuesta apropiada y no apática. Por tanto, la ira puede causarnos problemas cuando permitimos que anule el proceso de tomar decisiones.

Como hombres debemos descubrir las respuestas correctas a la ira en cada momento en que surja. También debemos reconocer las otras emociones que actúan dentro de nosotros. No somos criaturas emocionales unidimensionales. Existen otras emociones aceptables enterradas muy profundamente debajo de nuestra ira, como heridas, tristeza y dolor. Debemos reconocer estas y otras profundas inseguridades en momentos de ira si queremos dirigir nuestras palabras y acciones por caminos justos. Debemos aprender a entender las emociones que sentimos, comprender cómo secuestran el proceso de toma de decisiones, y descubrir cómo dirigir las y guiarlas de modo que honren y reflejen la voluntad de Dios, no la nuestra. Este es el hombre no apático. Un hombre de acción esperanzadora.

El error del orgullo

Abominación es a Jehová todo altivo de corazón; ciertamente no quedará impune (Proverbios 16:5).

El orgullo es el archirrival del hombre. Al fin y al cabo, somos leyendas en nuestra propia mente. Sabes que esto es así.

Frecuentemente generalizamos nuestras tendencias orgullosas; a menudo es demasiado doloroso identificar desastres específicos cuando dejamos que el orgullo se apodere de nosotros. En ocasiones somos indolentes hacia estas tendencias porque el orgullo es como una droga para nuestra alma poco reconocida. En pocas palabras, el orgullo nos hace sentir bien cuando estamos abatidos. Cada vez nos envía un estímulo; es vigorizante para un hombre desesperado por llamar la atención. A veces necesitamos a tal grado un empujón de orgullo que culpamos y criticamos a otros. Ocultamos nuestro orgullo ante los demás siendo superficiales y poniéndonos a la defensiva. Perseguimos orgullo buscando atención y haciendo caso omiso a los demás. De cualquier manera, al final fracasamos.

Los hombres debemos lidiar con la apatía que da rienda suelta al orgullo. Debemos buscar activamente nuestra nueva identidad como siervos, sometidos a la humildad de Cristo. Cada día debemos servir a otros y buscar maneras de actuar contra nuestros orgullosos impulsos. Si somos apáticos con nuestro orgullo, este se extenderá como un virus, infectándonos la mente, alimentando nuestro ego y afectando nuestras acciones. El orgullo siempre está al acecho, listo para influir en nuestro comportamiento si bajamos la guardia. Por eso, cada día debemos tomar la decisión de someternos a Cristo. No participar en esta batalla contra el orgullo hace que nuestra derrota sea inevitable. El hombre no entregado a la apatía se mantiene en guardia, actuando diariamente en oposición a las voces suaves de la autoafirmación.

El error de la lujuria

Yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón (Mateo 5:28).

La lujuria es un conflicto para los hombres. Para muchos de nosotros puede ser el reto más persistente. Y, aunque pueda parecer un problema nuevo debido a la prevalencia moderna de la pornografía, la lujuria siempre ha sido un adversario. Se trata de un problema antiguo.

Entonces, nuestro problema subyacente no es el acceso a la pornografía ni su aceptación, ni incluso nuestra cultura hipersexualizada. El problema es una cuestión de deseo dentro del corazón del individuo. Somos apáticos a la hora de abordar nuestros deseos lujuriosos. Y no es un problema que se resuelva simplemente con el esfuerzo humano ni con la remoción del objeto que hemos representado materialmente. El problema es que no redirigimos los deseos en nuestro corazón.

La dura verdad es que los hombres luchamos con la lujuria porque preferimos dejarnos llevar por ella. Preferimos alimentar los deseos físicos, y ansiamos el subsiguiente y temporal alivio físico. Además, decidimos someternos pasivamente a nuestros deseos físicos porque no hemos descubierto la satisfacción de desear algo más hermoso y bíblico. Te prometo que la efímera liberación de endorfina que consigues del capricho lujurioso es nada comparado con la satisfacción de conocer a Cristo y hallar tu deseo en Él. Cristo es simplemente más satisfactorio; completamente satisfactorio. Un hombre esperanzado sabe esto, comprende esto y vive todos los días en esto, satisfecho no por la lujuria, sino satisfecho en Dios.

El error de la codicia

Dios quiere que nos apartemos de la impiedad y de los placeres pecaminosos y que vivamos en este mundo una vida sobria, justa y piadosa (Tito 2:12, NBV).

Finalmente, nos enfrentamos a los placeres de este mundo y su tentación por más y más. La codicia alimenta más codicia, hasta que al final vivimos descontroladamente. Todos los hombres anhelan el exceso; cuando probamos un poco de algo que nos agrada es natural que queramos más. La envidia y la codicia son como gemelos de la misma familia de pecado. La diferencia entre la envidia y la codicia es que esta última es un fuerte deseo por más y más posesiones como riquezas, poder y significado, mientras que la envidia añade más leña al fuego fijándose en lo que tiene el prójimo. Los hombres codiciosos a menudo carecen de empatía y relación verdadera con los demás, y objetivan las personas y cosas. Se vuelven indiferentes hacia los intereses de los demás. A la vez, piensan solamente en ellos mismos. Un hombre codicioso tiene pocos amigos verdaderos. Sus amistades se reducen solo a las personas que sabe que tienen algo que él ansía tener. Es un individuo transaccional.

Sin embargo, un hombre piadoso comprende cuándo ya es suficiente.

No es indiferente con la codicia, y le dice «no» a sus agresivos avances en la vida, deteniendo el progreso de la codicia antes que se convierta en envidia y en la cosificación de las personas.

Al final, ninguno de nosotros escapa de todos estos errores. Ninguno de los grandes héroes bíblicos tampoco lo hizo. Desde Adán hasta el día de hoy, los errores han sido una constante en la vida de todo individuo. Pero no tenemos que permanecer pasivos e indiferentes por la presencia del fracaso. Es más, Dios tiene en mente algo muy distinto.

La búsqueda de un hombre termina

Busqué a alguien que pudiera reconstruir la muralla de justicia que resguarda al país. Busqué a alguien que se pusiera en la brecha de la muralla para que yo no tuviera que destruirlos, pero no encontré a nadie (Ezequiel 22:30, NTV).

En el libro de Ezequiel vemos que Dios toma en serio la búsqueda de un hombre que «se pusiera en la brecha». No encontró ningún hombre dispuesto, pero hoy día continúa la búsqueda. ¿Qué clase de individuo busca hoy día el Señor? Pues bien, busca un hombre que escuche y actúe, un hombre que permanezca con Dios en tiempos de necesidad en que predomina la apatía.

El Dios que da poder a los hombres busca un siervo dispuesto. ¿Encontró Dios alguien en la época de Ezequiel? No. La pregunta sigue siendo: ¿Quién será el hombre de Dios?

Provisión divina

Me pregunto si Dios se irrita ligeramente con el hombre.

Sé que esto probablemente no sea cierto; sin embargo, ¿no te hace pensar?

Siguiendo el lamento de Dios en el pasaje de Ezequiel, el Señor pasa a presentar una solución funcional: Él mismo proporciona ese hombre. En este hombre autoprovisto se encuentra aquel que escucha y actúa como debería hacerlo un hombre. Después de todo, se trata de la elección de Dios; este ser es tanto divino como humano, aquel que escucha y actúa como Dios quería. Este hombre vino con poder, dominio, autoridad, voz y un código moral irrefutable. Es el hombre por excelencia. Se trata del «Hijo del Hombre». Y este hombre muestra a todos los hombres cómo ser un verdadero hombre. Su nombre: Jesús el Cristo, de Nazaret.

Desde el momento del primer error del hombre en Génesis 3, Dios sabía que la elección que Él mismo había proporcionado sería la solución.

Habrá siempre enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y la de ella. El descendiente de la mujer te aplastará la cabeza, mientras tú solamente le morderás el talón (Génesis 3:15, NBV).

En los cinco primeros libros de la Biblia se encuentran cinco predicciones más sobre la elección divina de este hombre (Génesis 9:27; 12:2-3; 49:8-12; Números 24:15-19 y Deuteronomio 18:15-18). En el resto del Antiguo Testamento hay cientos de predicciones más que nos brindan esperanza al señalarnos el final de la búsqueda de un hombre consagrado. Dios permitió la búsqueda y también fue la solución. Aunque a menudo parecía que tenía esperanza para la humanidad, Dios conocía la solución desde el principio. A través de la autoprovisión de Dios obtenemos el prototipo para todos los hombres: el segundo Adán, el renacimiento del hombre.

Fallar es necesario para obtener la gracia

Aunque creamos que fallar podría ser algo malo, da paso a algo increíble. Nuestro fracaso es inminente e ineludible; es consecuencia de nacer en un mundo caído. Y, aunque Dios no quiere que fracasemos de nuevo, cada vez que lo hacemos aprendemos otra manera de no hacer algo. Fallar es algo definitivamente mejor que no hacer nada, lo cual es apatía total. Nos castigamos por nuestras faltas. No deberíamos hacerlo. Más bien, debemos apreciar que el fracaso nos permite experimentar la parte más importante de nuestro viaje de convertirnos en hombres piadosos: el regalo de la gracia de Dios, que impulsa nuestro regreso a la batalla contra la apatía.

*Fallar es definitivamente mejor que no hacer nada
ni decir nada frente a la injusticia y el pecado.*

Necesitamos la gracia de Dios para convertirnos en hombres de Dios. Confiar en esta gracia es lo que nos da poder para emprender nuestras batallas contra la apatía. Esta gracia es más necesaria y mejor comprendida en nuestro pecado, sufrimiento y quebranto. Los hombres vivimos en un mundo

de ganancias, merecimiento y méritos que refuerzan nuestras deficiencias humanas. Cuando fallamos, sentimos el juicio de los demás, el castigo por nuestras malas acciones y, peor aún, nos juzgamos a nosotros mismos. Por tanto, los hombres de verdad se hacen por medio de la gracia de Dios. El juicio destruye a los hombres; la gracia los fortalece. Amigo, ¡necesitamos gracia! Aún más gracia, y gracia sobre gracia. Pero no abusemos de su poder; más bien trabajemos duro en cooperación con ella a fin de llegar a ser los hombres que Dios diseñó que fuéramos.

Los hombres de verdad están hechos por medio de la gracia de Dios, proporcionada por un hombre: Jesucristo.

Gracia es obtener de Dios lo que no merecemos y simultáneamente no obtener de Dios lo que merecemos. Gracia es lo que solo Cristo puede proporcionar; viene después de todo error trágico. Por medio de la gracia recibimos cuatro cosas que nos cambiarán la vida.

Los hombres encuentran identidad en la gracia

Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas (Efesios 2:8-10).

Los hombres encontrarán fácilmente su identidad en cualquier cosa disponible que comunique valor. Cuando desaparecen nuestros ingresos anuales, nuestra capacidad, nuestros logros, también se va nuestra identidad. Es decir, a menos que hallemos nuestra identidad central en algo mejor, más estable y mucho más seguro. Y, para los hombres de Dios, nuestra identidad no se encuentra en una cosa sino en una relación. Somos «hechura» de Dios y, al igual que cualquier diseñador, Él tiene una intención y un propósito para su diseño. En Dios encontramos todo lo que necesitamos para vivir nuestra identidad. Su diseño y su misericordiosa redención son la obra de sus manos. Son recordatorios de nuestra necesidad de dependencia en Él y nos recuerdan que no hallamos nuestra identidad en las cosas de este mundo sino solo en Dios. Nuestra identidad está en la gracia de Dios y en nada más.

Los hombres encuentran confianza en la gracia

Nos alegra saber que, por confiar en Jesucristo, ahora podemos disfrutar del amor de Dios, y que un día compartiremos con él toda su grandeza (Romanos 5:2, TLA).

Un hombre impulsado por la gracia de Dios descubre la confianza en Dios, no en sí mismo como el mundo enseña. Repito, no es una cosa lo que nos proporciona confianza, sino una persona: Dios. Él nos concede confianza para actuar cuando sentimos un impulso hacia la inacción o nos sentimos golpeados por el pecado, que es el último recordatorio del fracaso. Con la gracia no tenemos nada que perder, ya que esta exige que reconozcamos que ya estamos perdidos. Necesitamos confianza en la salvación de Dios para dar otro paso. En la gracia vivimos como ganadores, disfrutando la victoria sobre el pecado que Cristo ganó por nosotros. Nuestro orgullo y nuestra confianza vienen de Él, no de las cosas de este mundo. Nos mantenemos confiados porque sabemos que Dios obtendrá todo el reconocimiento mientras nuestros errores son perdonados.

Los hombres encuentran en la gracia sus medios de acción

Nuestra gloria es esta: el testimonio de nuestra conciencia, que con sencillez y sinceridad de Dios, no con sabiduría humana, sino con la gracia de Dios, nos hemos conducido en el mundo, y mucho más con vosotros (2 Corintios 1:12).

Si estás buscando conducta, integridad, sinceridad y sabiduría correctas, todas ellas se activan con la gracia. En lugar de hallar fortaleza en el ingenio personal, confiamos en la sabiduría de Dios. Su sabiduría, transmitida a través de la Biblia, es nuestro medio de acción. Actuamos según sus palabras. La obediencia es impulsada por la gracia de Dios. Aunque antes caíamos irremediabilmente en pecado, con la gracia es posible que aún caigamos, pero luego nos desempolvaremos de nuevo, sabiendo que tenemos otra oportunidad. Y otra. Y aún otra, infinitamente, pero ahora confiamos de nuevo en su sabiduría para actuar un poco diferente, paso a paso. Aparte de Dios no podemos hacer nada, pero con Él todo es posible. Es la gracia de Dios la que impulsa puramente nuestros medios de acción.

Los hombres deben recibir gracia para llegar a ser hombres

Si por la transgresión de uno solo [Adán] reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia (Romanos 5:17).

Finalmente, la gracia es el medio para convertirnos en hombres de Dios. Es extraño e insólito, pero este es el único ritual de iniciación hacia la verdadera hombría. La mayoría de las culturas a lo largo del tiempo y la geografía han hecho uso de rituales de iniciación. Los pueblos han entendido desde hace mucho tiempo que, sin indicadores claros en el viaje hacia la hombría, los varones adolescentes tienen dificultades para hacer la transición y se desvían. Por tanto, los ritos de iniciación se identificaron en casi todas las culturas como una de las prácticas más importantes de la comunidad para varones jóvenes.

La gracia es el único ritual cristiano de iniciación hacia la verdadera hombría.

Si bien casi toda cultura tiene rituales de iniciación, existe gran diversidad en cómo es cada uno de ellos. El elemento común ha sido históricamente una experiencia que implica dolor emocional y físico, y que requiere que un muchacho atraviese la prueba de la masculinidad: una demostración de valor y resistencia, y la capacidad de controlarse.

A pesar de que estas virtudes (valor, resistencia y dominio propio) son importantes, el ritual cristiano de iniciación profundiza en lo fundamental de los problemas del hombre. Un ritual cristiano de iniciación no tiene que ver con autosuficiencia, sino más bien con dependencia completa y total. No se supone que debemos lograr independencia, sino más bien que nos sometamos por completo en dependencia a Cristo. Después de todo, Él es quien nos posibilita esto para que nos convirtamos en hombres de verdad. Nuestro único ritual es este: la aceptación total de la gracia que resulta en dependencia total. Cuando un hombre aprende a confiar en el poder de la gracia se vuelve menos apático hacia Dios y sus caminos, y por tanto se convierte en hombre de Dios. Esta es una ceremonia continua que todos los hombres deberían adoptar a diario, no una sola vez. Debemos aprender la senda de la gracia para recorrer el camino de un hombre piadoso.

Eres el hombre que Cristo busca

Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame (Mateo 16:24).

Dios quiere que los hombres sean aventureros y valientes. Anhela que reclamemos la hombría. Somos hombres escogidos por Dios y debemos responder al llamado y actuar. Es a ti a quien Dios quiere; el camino a seguir no es fácil, pero está lleno de gracia y aventura. Como dijera Jesús, simplemente «sígueme».

Si deseas adquirir una copia de este libro pulsa aquí:
<https://www.portavoz.com/hombres/llamados-a-actuar/>